

El prodigio de Nou Barris



La carpa y el campamento de la Escuela de Circo Rogelio Rivel, situada junto al Ateneo Popular, ya representan las señas de identidad del barrio barcelonés de Nou Barris.-

El prodigio de Nou Barris

Hace 30 años, dos centenares de vecinos de Barcelona se rebelaron contra su destino y dismantelaron una fábrica que envenenaba su barrio. Sobre ella construyeron un ateneo popular. Después vendría la escuela de circo, la integración de los nuevos inmigrantes y el trabajo social. Éste es su presente

MANUEL RIVAS

EL PAIS SEMANAL - 21-01-2007

Otro mundo es posible? No pensaba volver a escribir ese lema, tan manido. Cualquier día saldrá en un spot publicitario, como aquel pobre poema del hoy te quiero más que ayer, pero menos que mañana. Cambio de idea. Conozco un lugar donde otro mundo es posible. Se llama Nou Barris. Una confederación de barrios en el trastero de la metrópoli catalana. Invisibles desde el centro, los antiguos arrabales de barracas, escalando las laderas de los cerros, con los índices de inmigración más altos, son hoy el mejor

El prodigio de Nou Barris

observatorio social, escenario de una trepidante vida cultural, y un modelo de integración para Europa.



Imagen de la insalubre planta asfáltica que presidía el barrio en los setenta.-
ARXIU HISTÒRIC DE ROQUETES

“Lo primero que aprendimos fue a andar con zancos”. Aquí, en lo más alto, retumba con todo su sentido el testimonio de Juanillo, el botones de banco que hoy preside el ateneo de Nou Barris y dirige el gran espectáculo del Desastrosus circus: “De repente, veías a tu lado a uno de los matones de las pandillas que en otra circunstancia te habría acojonado. Estaba allí a tu lado, también con zancos. Los chavales iban en zancos montaña arriba, para que los vieran en sus casas, y bajaban a toda hostia. En Barcelona había muchos artistas callejeros. Circo en pequeño formato. Y no guardaban sus saberes. Los compartían. Hacíamos a mano las bolas, los aros y las mazas para los malabares. El día que quise aprender con el monociclo, acabé con los huevos morados, pero aprendí. Y así todo. Luego fueron llegando los extranjeros al descampado. Había un maestro procedente del Circo de Moscú. Tenía una hernia discal. Nos enseñó todas las técnicas que sabía. Era un fenómeno del trapecio Washington, en el que llevas a otra persona encima. Venía gente así. Nos enseñaba. Podíamos acabar de yonquis. Parecía que ése era el destino. Fíjate en esos bloques de viviendas. El puto caballo se llevó a 30 chavales. Pero nosotros nos subimos a los zancos. Y corrimos más que él. ¡Joder, qué suerte, por una cabeza!”.

“¡Ahora mira bien! ¡Disfruta de la propiedad! En el culo del mundo tenemos la mejor vista de Barcelona”. Manel Ladró lo dice con sorna, como si fuera un efecto óptico, pero es verdad. Desde el castillo de Torre Baró, un viejo chalé abandonado en la guerra, hay

El prodigio de Nou Barris

la mejor vista de Barcelona. Una gran panorámica que abarca desde las estribaciones de Badalona y Santa Coloma hasta el cementerio de Montjuic. La mirada va recorriendo las torres de la térmica de San Adrián, el Poble Nou, la Villa Olímpica, los nuevos falos arquitectónicos de Mapfre y Agbar, la Sagrada Familia. Hay un zumbido atmosférico, como si el frío del invierno que envía el



En 1979, los vecinos acabaron con la fábrica de productos asfálticos. Sobre ese terreno hoy se alza el ateneo.- NAVIA

Montseny llegara por los muchos cables de alta tensión que por aquí surcan el cielo.

“¡Se ve el mar!”.

“Algunos días luminosos, limpios, incluso se avista Mallorca”, dice Manel, de 71 años, trabajador jubilado e indomable activista cultural. Sí, se ve la línea de mar allá al fondo. “¿Qué le falta a Nou Barris? ¡Una playa! ¿Queréis una playa?”. Nacho López, de 36 años, músico y programador del ateneo, cuenta que en el verano decidieron llevar la playa a la montaña urbana, al humilde barrio de Prosperitat. Camiones de arena. Sombrillas. Palas y cubos para los niños. Refrescos. Helados. Música a tope. Son del Caribe. Venían familias enteras en bañador, con sus meriendas, a la fiesta de Prospe Beach.

Hemos dado media vuelta, un giro de 180°. En el reverso, las casas humildes, en autoconstrucción, trepan apoyándose unas en otras por los cerros de Baró y Roquetas. Más allá, en lo sombrío, enmarcados por rutas de veloz automoción, cerca de la arqueología industrial de la cementera de Vallbona, los bloques de la Ciutat Meridiana. “En los años sesenta iban a hacer un cementerio de nichos”, cuenta Manel, “pero los técnicos lo desaconsejaron por la extrema humedad. No era bueno para los muertos. Así que, a principios de los setenta, construyeron viviendas para vivos”.

El prodigio de Nou Barris

Como El pequeño salvaje del filme de Truffaut, 9 Barris, Nou Barris, adquirió su nombre cuando se rebeló contra la injusticia. En el mapa metropolitano le iban a llamar zona Norte. Los barrios se unieron y popularizaron esa unión: 9 Barris (hoy mantienen el nombre, pero son 14). En el año 1970, los arrabales dispersos, los enclaves de bloques, los poblados barraquistas, coordinaron las asociaciones y los actos reivindicativos. El transporte público no llegaba a la



Los jóvenes de la zona ocuparon un solar abandonado y en él nació el taller de bicis, donde se reúnen centenares de ellos cada sábado para intercambiar piezas e ideas.- NAVIA

mayoría de los lugares. Las autoridades decían que las calles eran inaccesibles, que los autobuses no entraban. Entonces comenzó el secuestro de los autobuses. “No era por imitar los secuestros de aviones, entonces de moda”, dice con sorna Andrés Naya, de 61 años. “Lo único que queríamos era demostrar que sí, que podían ir más allá e incluso llegar a barrios que tenían por malditos”. Siete años más tarde se produciría otro famoso secuestro en el que también participó Andrés con un megáfono. Esta vez la dirección era la contraria. El autobús fue orientado hacia el centro, hacia la sede municipal, con una gran pancarta, Pisos para los barraquistas, atestado de vecinos que todavía vivían en chabolas. La valiente expedición también tuvo éxito. En ese lugar donde estaban las antiguas barracas hay una de las mejores plazas públicas de Prosperitat, con el Casal de Barrio. Pero volvamos atrás. En Verdún, en 1970, no había duchas en las viviendas. “Sólo había un grifo en la cocina. Íbamos los domingos a unos baños públicos en la calle Artesanía”, explica Ángel Roldán, de 52 años, nacido en el barrio. “Con toalla, 15 pesetas; sin toalla, 25”. Ésa fue otra batalla esencial: la del suministro de agua. El alcantarillado. El asfaltado de calles. Había un gran barranco, el de las obras paradas del cinturón

El prodigio de Nou Barris

de Ronda, que separaba los barrios y todo se enlodaba cuando llovía. Luego, los ambulatorios médicos. Los institutos. La carencia de plazas públicas.

Y la planta asfáltica.

Era una instalación industrial para la producción y almacenamiento de alquitrán con destino a las rondas en construcción. Y también parque para la maquinaria pesada. Pero nadie en el Ministerio de Obras Públicas se había preocupado por la ubicación ilegal de



Los alumnos de la escuela de circo viven todo el curso en las caravanas que rodean la carpa.- NAVIA

aquella peste, pegada a los bloques de Trinitat Nova y que extendía por todo Nou Barris una patina pestilente, pegajosa y sucia. Pintura de alquitrán para un fotograma de neorrealismo. Durante años hubo reclamaciones y protestas sin resultado. Con el plan de urbanismo de 1974 se había prometido el cierre de la planta asfáltica. Nada. El 9 de enero de 1977, en la mañana de un domingo soleado de invierno, unas doscientas personas desbordaron el control de entrada en la planta asfáltica. Con mazas y cuerdas consiguieron desmontar las instalaciones y depósitos. Ya nunca más volvería a funcionar. Ese año, en junio, se celebró la fiesta de las Treinta Horas. Por vez primera, la planta asfáltica se convertía en un hábitat cultural. Acudieron más de 50.000 personas. En grandes letras, que ocupaban la cubierta de uralita de la antigua nave industrial, pudo leerse por vez primera "Ateneo Popular". Aquel vivero surgido en el asfalto ya no se moriría nunca. En esos comienzos, además de la implicación de un grupo de irreductibles que desoyeron los cantos de sirena de la política institucional y sus cargos, volcándose en la actividad cultural y en las redes de la solidaridad, el ateneo contó con la complicidad de sectores progresistas de arquitectos, economistas y periodistas. También con el apoyo de personalidades

El prodigio de Nou Barris

de la cultura como La Cuadra, Dagoll Dagom, Lluís Llach, El Cabrero, Labordeta o Juan Goytisolo.

Hasta entonces no había ningún lugar para los jóvenes. Los años sesenta fueron la época de las grandes pandillas. Las peleas en un territorio sin ley. Los Fugitivos, Los Correa de Santa Coloma, La Banda del Indio... Mucha de aquella gente quedaría en el camino. Como explica Aurora Álvarez Yoyi, de 51 años, procedente de León, los más inquietos encontraron cobijo y coartada en dos parroquias de curas progres, San José Obrero y San Sebastián. “Discutíamos en



El hospital mental acoge hoy la sede de distrito junto a un polideportivo y los descampados han sido sustituidos por amplias avenidas.- NAVIA

las catequesis y fue una forma magnífica de prepararse para el activismo, para la lucha social. Esa parte de la Iglesia nos ayudó mucho. Eran curas jóvenes que vivían nuestros problemas”. La historia de esta sociedad alternativa de Nou Barris puede tener como epicentro aquel domingo en que la planta asfáltica empezó a ser soñada como un ateneo del que luego nacería el espacio para una de las escuelas más importantes de circo del mundo. Hay otra forma de relato. Seguir los pasos de alguien. Por ejemplo, de Álvaro Guerrero. Todo el mundo le llama Alvarito. Y Alvarito nació hace 47 años en una cueva en Guadix (Granada). La familia emigró a Cataluña. Durante 27 años trabajó de vendedor ambulante. Todos los días, levantándose a las siete de la mañana. De mercadillo en mercadillo. “Pasé un sábado por una plaza y vi actuando a los Boni y Calori con malabares. En minutos, cambió mi vida. Fui al ateneo y empecé a ensayar malabares todos los días”.

Hombres y mujeres discapacitados que hace unos días miraban con horror la bola de equilibrio, ahora consiguen sostenerse y andar sobre ella. Su sonrisa es contagiosa, espejo de la que es imborrable

El prodigio de Nou Barris

en el rostro de Alvarito: “¡Toma tomate!”. Ahora, Álvaro Guerrero, Alvarito, es, entre otras cosas, profesor en el Ateneo Popular de un curso de circo para disminuidos psíquicos en el que participan 56 alumnos, de 18 a 56 años, del centro ocupacional público Can Carreras. “Hace años que venían a ver los espectáculos de circo en el ateneo. De repente, se encuentran con que ellos son los artistas”, explica Laura Duarte, de 27 años, educadora. “Eso les da una autoconfianza increíble. Viven una continua sensación de superación que no sería posible con cualquier otra actividad convencional”.

El maridaje entre el ateneo y la Escuela de Circo Rogelio Rivel ha permitido crear en Nou Barris un espacio de cultura viva y sensibilidad social que tiene la forma de círculos expansivos, en que la carpa aparece como una célula madre. Hay escuela infantil y juvenil de teatro desbordadas de demanda. Hay espectáculos en pequeño formato todas las semanas. Artistas que realizan cursos en escuelas. Un espectáculo anual, el Circo d’Hivern (Circo de Invierno), que fue premio nacional el pasado año. Y el ateneo es la base de la mejor exportación que puede hacer un país: las sonrisas de Payasos Sin Fronteras.

En Nou Barris abundan los carteles, folletos y convocatorias donde se evita la reiteración del término “inmigrante” y se habla de “viejos” y “nuevos” vecinos. “Todos somos emigrantes”, dice Lourdes Ponce, Pitusa, de 57 años, nacida en Huesca, trabajadora de Telefónica e integrante de Nou Barris Acull (Acoge). “En un instituto, en una clase de 80 alumnos, preguntamos el otro día cuántos de sus padres habían nacido aquí y levantaron la mano 10 alumnos. ¿Y abuelos? Levantaron la mano dos. Los chavales que han llegado ahora del extranjero miraban alucinados. Pensaban que los otros eran de aquí de toda la vida”. Nou Barris Acull no es una entidad al uso ni una ONG. Es una red que integra a más de 60 asociaciones y entidades de la confederación de barrios. Incorporan a todas sus actividades esta nueva situación. “Aquí, mucha gente puso el chip”, dice Andrés Naya, de 61 años, “el día en que el partido de extrema derecha de Le Pen ganó las elecciones en Marsella, y además con mucho apoyo en barrios de tradición comunista”. La noción central de Nou Barris Acull está clara: “A partir del momento en que emigras y te estableces aquí, eres un vecino, una persona del barrio”. La integración, el limar prejuicios, es una responsabilidad de doble dirección, también de quien llega. Después de la tragedia del 11-M de 2004, se propuso a la comunidad musulmana una celebración abierta del fin de fiesta del Ramadán. “El que quiera beber cerveza, que la beba, y el que no

El prodigio de Nou Barris

quiera, no”. Y así se hizo. Fue un éxito de asistencia y tolerancia que conmovió a todos. A los de Acull y a los musulmanes. Hay un día en que Nou Barris se convierte en una cocina planetaria. El último domingo de febrero se celebra el Festival de Sopas del Món Mundial, organizado por 9 Barris Acull y la Xarxa (Red) de Intercambio de Conocimientos. Este año se prepararon ollas con 84 sopas, tantas como grupos de gentes de diferente procedencia que establecen contacto y se comunican por medio de la gastronomía. Es una experiencia de la que han nacido amistades mixtas y proyectos comunes, con la plaza de Àngel Pestaña como testigo. También en esto han sido pioneros los de Nou Barris en España. Existe, por así decirlo, una Internacional de la Sopa, un medio simpático de luchar contra la xenofobia, y que celebra otros festivales en Berlín, Lille, Bolonia, Francfort y Madrid.

–Todo esto me parece demasiado idealista –le digo a Pitusa Ponce–. ¿Aquí no hay conflictos?

“¡Claro que hay conflictos! Hay madres que te dicen que no tienen becas para los comedores escolares porque se las han dado a los niños inmigrantes. Y yo les digo: ‘No, mira, el problema es que no hay becas suficientes, no a quienes se las han dado’. Y después te encuentras con paradojas terribles, como el inmigrante que ha conseguido sus papeles y entonces dice: ‘Ya somos muchos; habría que cerrar esto’. Lo puse a caer de un burro. Fue lo más fuerte que me pasó. También, al principio, había gente que se quejaba de las tiendas de los paquistaníes y de los hindúes, pero esa percepción ha cambiado. Es una delicia cómo tratan a las personas mayores, cómo les llevan las cosas a casa. La inmigración le ha hecho un gran favor a la sociedad. Ha puesto de manifiesto las deficiencias de nuestro Estado de bienestar. No hay plazas suficientes en las residencias. ¿Qué sería de nuestros abuelos sin los inmigrantes que los cuidan? Porque estamos hablando de miles de personas. Y lo hacen con un cariño extraordinario. Con un cariño que, en muchos casos, no habían conocido”.

Además del trabajo de acogida y asesoramiento legal, son continuas estas actividades para poner en contacto a gentes de distinta procedencia. Una de las iniciativas más sorprendentes, y por las que nadie de antemano daba un duro, es el acercamiento y diálogo entre grupos juveniles tradicionalmente rivales como los Latin Kings (Reyes Latinos) y los Ñetas. Del Kasal de Joves (Centro de Jóvenes) de Roquetes y del Prosperitat, integrados en Nou Barris Acull, nació la iniciativa de un festival musical de América Latina, con una noche joven en la que participaron, a partes iguales, medio millar de Ñetas y Latin Kings. Ni un solo incidente.

El prodigio de Nou Barris

La idea de transformación y legalización de los Latin Kings como asociación cultural nació en Nou Barris. Era la primera vez que un grupo así, con ramificaciones por toda América y Europa, con un funcionamiento piramidal, daba el paso de existir legalmente. Un objetivo que también se busca con los Ñetas, que tienen sus propios códigos y un funcionamiento más asambleario. “Es un proceso que requiere mucha paciencia, mucho diálogo, para crear un espacio de confianza”, dice el mediador Xaime López Chispón, de 29 años, polifacético artista y coordinador cultural del Kasal de Joves de Roquetes. Chispón tiene una energía alternativa como Pitusa. Le digo, no necesariamente en broma, que si pone de acuerdo a los Latin y a los Ñetas, también podría mediar en el conflicto vasco: “Lo más importante es que aprendan a gestionar sus iniciativas y dirigirlas de una forma positiva. Hay muchas personas entre ellos con cualidades artísticas. Se trata de crear condiciones para que produzcan su propia música. También vamos a realizar un proyecto, La calle la filmo yo, en que trabajarán con sus cámaras”.

La integración de bandas o grupos juveniles marginales, incluso algunos muy agresivos, ha sido una constante en el hábitat cultural del Nou Barris. “Cuando se producían incidentes en el entorno del ateneo o la escuela de circo”, explica Nacho López, “nuestra reacción ha sido siempre el intentar dialogar. Hacer una pregunta clave: ‘Vosotros, ¿qué queréis y qué sabéis hacer?’. Siempre ha funcionado. Hay casos de personas que estaban en plan muy destructivo, rompían los coches, cualquier cosa, y ahora colaboran con nosotros. Echan una mano. Ellos vieron que nosotros no éramos tan imbéciles y nosotros que ellos no eran tan macarras”. El circo, la música, el teatro, ha roto fronteras que parecían insalvables. A un colectivo en principio distante, como el de los gitanos, le ofrecieron el espacio, organizaron un concierto, grabaron un CD, que es un éxito brutal en el barrio, y ahora consideran el ateneo algo propio. Pasa un coche tuneado. Suena a tope una rumba flamenca que te pone los pelos de punta. Son ellos. Los Sincopao. Algo parecido ocurrió con los hip-hoperos. Pinchan ellos, rapean ellos, proyectan sus imágenes. “Ven que los respetamos, y entonces respetan a los demás. Eso es lo que funciona”. Otro grupo ocupó un solar abandonado y acordaron hacer un taller de bicis libre. Está cerca de la salida del metro de Vía Julia. Allí, todos los sábados, acuden un montón de chavales a intercambiar piezas y reparar las bicis averiadas. Es un gran taller insólito, un taller-fiesta al aire libre, con los mecánicos más ocurrentes que uno puede encontrarse en el sector de locomoción.

El prodigio de Nou Barris

En estos cerros, descampados y antiguas huertas, el barrio obrero más antiguo es Can Peguera, construido con los restos de la Exposición Universal y que ahora es un acogedor lugar de casas bajas, con arbolado y buganvillas. Cerca, los montes de La Collserola, que ahora es parque natural y donde el jabalí se acerca a Barcelona. “De niños, por unas perras, íbamos a por leña y madroños”, cuenta Isidro Tárrega, de 72 años, que trabajó de curtidor en Horta. Había sido un niño con el estigma de rojo: su padre volvió moribundo del exilio. Can Peguera lo habitaron, en su mayoría, obreros que venían a trabajar en la construcción del metro: los “murcianos”, también llamados charnegos. Ese término con connotaciones despectivas designó durante un tiempo al inmigrante. Pero aquí, o nunca se ha usado o ha desaparecido del todo. Todo lo que se mueve en Nou Barris tiene un aire inmigrante. La oleada humana de los años cincuenta y sesenta procedía de Andalucía, Galicia, Extremadura y Aragón. Ahora, en una población de 170.000, es el distrito que acoge a más inmigrantes extranjeros, en una proporción que va en incremento. En cifras de enero de 2006, están censados 22.812 inmigrantes. En Ciutat Meridiana-Vallbona, el porcentaje es del 24,2%. En los bloques de Ciutat Meridiana, aquel lugar descartado como cementerio, viven 3.411 inmigrantes. Las causas son fáciles de detectar: la vivienda es más barata, y el transporte, más dificultoso. La estadística del distrito de Nou Barris recoge 31 procedencias. La mayoría, 6.032, son ecuatorianos. Le siguen 1.817 bolivianos, 1.551 peruanos, 1.347 marroquíes, 1.246 colombianos, 1.137 dominicanos, 922 paquistaníes, 783 de China, 714 argentinos, 604 rumanos, 564 hondureños, 516 armenios, 424 nigerianos... Y así hasta 31 nacionalidades.

Consuelo Plúa, de 45 años, vino hace cinco de Guayaquil, Ecuador. Vino con dos de sus tres hijos, los menores. Su marido se había venido antes. Los comienzos fueron duros. En la escuela, el niño pequeño se encontró con algo de racismo: el color de la piel. “Pero no hay que hacer caso a esa gente, son los menos. Hemos hecho muy buenos amigos españoles. Gente que te ayuda. Encontré un trabajo fijo de limpiadora. Antes tenía uno en condiciones muy duras. Antes quería volver a Ecuador. Ahora ya no sé. Yo vine para trabajar y pagar los estudios universitarios de mi hijo mayor. Ha sido posible con nuestro sacrificio. Ahora estoy indecisa. Creo que debo pensar más en mí y en mis hijos pequeños. Vivimos aquí, éste es el lugar en el que tenemos que procurar ser felices”.

El caso de Zitouni, otro de los nuevos vecinos de Nou Barris con quien hablo, es muy distinto. No me puede decir su apellido porque

El prodigio de Nou Barris

está sin papeles. Es soltero. Procede de Marruecos, después de un paso por Italia. Es abogado y le gustaría trabajar en España en esa profesión. Pero todos sus esfuerzos ahora están orientados a encontrar un trabajo para obtener el permiso de residencia, y luego estudiar el español y el catalán, pensando en estar algún día ante un tribunal no como perseguido, sino como defensor.

—¿Han aumentado hacia ustedes los prejuicios por el integrismo religioso?

—El integrismo es algo de personas fanáticas, y personas fanáticas las hay en cada país, en cada religión. A mí no me interesan. En España, la mayoría de la gente es muy amable. Y los españoles entienden mejor lo que es la inmigración, sus causas. Estoy contento de haber venido.

Xavi Artal, de 39 años, y nacido en Barcelona, fue uno de los impulsores de la segunda vida del Ateneo Popular, de su implicación como espacio de las nuevas luchas sociales y, sobre todo, de lugar de integración de los inmigrantes. Xavi es cartero en el Raval. Él sí que tiene conexiones verdaderas con la realidad. Le afecta especialmente el trato deshumanizado de los organismos oficiales y la burocracia. “Mucha gente no tiene ni puñetera idea de la angustia, innecesaria, a la que se somete al inmigrante. Semanas, meses, esperando un papel del que depende su existencia y la de su familia. Yo soy el cartero. El único puente que tienen con un mundo kafkiano o absurdo. Procuero darles esperanza, pero a veces revientas por dentro de desesperación”.

Las palabras escalan la torre del ateneo. Caligrafían sus paredes. No son consignas. ¿Qué quieren? Excitarte. Indignarte. Insinuar. Voltearte. Admirarte. Docenas de palabras que contienen, como un injerto, el sufijo arte. Y todos los muros en esta zona son espacios artísticos. No ha habido que llamarlo. El arte ha venido por su cuenta, con su visera a lo Basquiat. Los mejores grafiteros de Barcelona le han dado una “mano de pintura” inolvidable al ateneo y su entorno. Obras de Nexie, Alc13, Pornostrars, Los Bandits... Al lado de la escuela de enseñanza pública Antariana, que ocupa el lugar donde estaba la chimenea de la planta asfáltica derribada por los vecinos, hay una reproducción gigante de El beso, de Roy Lichtenstein, sosteniendo la montaña. Cerca, los patriarcas gitanos cuelgan de los árboles las jaulas donde trinan jilgueros y canarios. El pop-art, escapado de los museos y las vallas publicitarias, ha encontrado su sitio.

El barrio más pequeño y singular de Barcelona no aparece en los mapas. Tiene tres árboles. De vez en cuando, subiendo pacientemente cuestas, llegaban caravanas que buscaban el

El prodigio de Nou Barris

amparo geográfico del Ateneo Popular. Un lugar de donde no les expulsaban. Un bar. Unas duchas. Gentes del circo, ambulantes, que se fueron transmitiendo por los caminos invisibles la contraseña de Nou Barris. En contraprestación, enseñaban su oficio a los jóvenes. “De forma espontánea, se fue creando aquí una especie de Internacional del Circo”, cuenta Joan López Villora, Juanillo, de 48 años, treinta de ellos dedicados al vivero cultural, y presidente de la junta del ateneo. La colaboración se intensificó a partir de 1991, cuando los jóvenes ateneístas decidieron dar un paso adelante y formar una primera compañía de divertimento. A finales de los noventa nace el Campamento, el poblado de los artistas, con la llegada de los “náufragos” del circo suizo Kran. Entre ellos, un grupo de alemanes y españoles que formaron el grupo Jarbanzo Negro. El acuerdo se estrechó. Los artistas del descampado pasaron a ser un círculo más del ateneo. A cambio de suelo, agua y luz, ellos daban espectáculo y música. Inolvidables pasacalles por el barrio. Pero ésa es la prehistoria. La llegada de la escuela de Rogelio Rivel, con el levantamiento de la primera carpa, en 2001, revolucionó el Campamento. De manera espontánea, alumnos y algunos profesores se establecieron en caravanas. No sólo por necesidad: “Se llegó a la conclusión de que la vida en caravana era una asignatura más”.

El Campamento de Nou Barris, con sus caravanas varadas alrededor de la carpa, tiene un funcionamiento asambleario. Hay servicios comunes. Es una comunidad internacional de la que forman parte, en su mayoría, los alumnos más implicados en la escuela de circo. Ese círculo permanente alrededor de la carpa tiene, como en los viejos circos, un significado de protección simbólica y real. La carpa de Nou Barris, que ahora alberga una de las mejores escuelas de circo para jóvenes de todo el mundo, nunca está desguarnecida.

Hubo una crisis grande en 1979. Como en todo el movimiento ciudadano en España. Bastante gente se incorporó a la política institucional y otra mucha se cansó, desencantada. En el ateneo aguantaron. Pocos, pero aguantaron. Fue una época dura, con mucha gente colgada de la droga en los barrios. Había actuaciones los fines de semana en que el que estaba en la puerta se jugaba el pellejo. “Más de un día sentí la punta de un cuchillo en el pecho”, cuenta Juanillo. “Nos poníamos tablas bajo la ropa como armadura”. Pero el ateneo resistió. El entorno era duro, pero se consiguió convertirlo en un lugar especial, cálido. Una isla en aquel tiempo. Aquí comenzaron muchos artistas y músicos que ahora son famosos, pero mantienen su fidelidad. Y actuaron consagrados. Era

El prodigio de Nou Barris

un lugar pequeño. Los llamaban y venían. Gente como Moustaki, Llach o Paco Ibáñez. Era un espacio totalmente libre. Y sin ninguna ayuda. Durante 15 años no se les reconoció. Otro momento crítico fue cuando el Ayuntamiento se empeñó en transformarlo en un centro cívico al uso. “¡El Centro Cívico de la Planta Asfáltica! Todavía nos llegan cartas con esa denominación. Les dijimos que no, que queríamos mantener el Ateneo Popular como era, con un espíritu de autogestión”. Se hicieron planos para transformar la antigua nave industrial. Al final convencieron a los municipales. Y se firmó el primer convenio permanente, un acuerdo atípico, entre un ayuntamiento y un ateneo autogestionado. Pero las obras en la planta asfáltica se demoraban. La primera constructora se declaró en suspensión de pagos. El ateneo se salvó entonces por una decisión vecinal: hacerse ambulante. Funcionar al aire libre, en las plazas. Y así se hizo todos los fines de semana, durante tres largos años. Hasta que la antigua planta asfáltica se convirtió al fin en un hábitat cultural.

Treinta años de Ateneo Popular son muchos años. En crecimiento. Con cada vez más actividades que se irradian a la confederación de Nou Barris, a la ciudad, y más allá. Además de los cursos y actividades culturales, un hábitat del librepensamiento donde se podría rezar la oración laica de Miguel Torga: “Libertad que hay en nosotros, / santificado sea su nombre”. Un ateneo donde han encontrado cobijo trabajadores de empresas en crisis, desertores de guerra (en la época de la del Golfo), donde han podido celebrar sus asambleas colectivos estigmatizados como las prostitutas o grupos de artistas-okupas. En momentos, el ateneo ha funcionado como un Porto Alegre barcelonés. Es el único centro cultural español que forma parte de la red Trans Europe Halles.

“La clave del éxito del ateneo ha sido su independencia”, dice Juanillo Villora. “Nunca se ha celebrado un acto de partido o sindicato”. El núcleo que siempre lo mantuvo vivo fue El Bidó (El Bidón), una asociación que convirtió en símbolo los bidones de la planta asfáltica. Cada uno tenía, o tiene, sus simpatías. “Pero las siglas siempre quedaron aparcadas fuera”.

“Hay otra razón esencial”, explica Sergi Díaz, de 37 años, coordinador. “El 50% del presupuesto lo generamos nosotros y el otro 50% es de aportación pública, pero administrado con todo rigor, a cambio de convenios y programas concretos”. El ateneo sobrevivió y podría sobrevivir sin financiación municipal. No hay funcionarios, sino programadores contratados a partir del voluntariado y para los que no existen los horarios. El presupuesto de este año es de 900.000 euros. Los trabajadores, incluidos los del

El prodigio de Nou Barris

bar-comedor y limpieza, cobran un salario similar. Funciona por asamblea y está dirigido por una directiva que refleja, en su composición, las diferentes épocas. Porque ésa es otra cualidad de la experiencia alternativa de Nou Barris: conviven las generaciones. Y hay viejos muy jóvenes. Como este Manel, de 71 años, que dirige el taller de poesía y teatro y que me ha llevado a lo alto del cerro para que vea el mar y compruebe que los pobres tienen la mejor panorámica de Barcelona: una vista de cine.

Pero los ojos, al final de la escapada, vuelven al génesis. Al pie de la ladera. A la nave industrial que hoy es ateneo. A la carpa de circo. A los tres árboles. A una memoria entrelazada: “El naranjo es Sol Espinosa, una chilena que amaba este lugar. ¡Qué tía, qué artista! El limonero es Joan Armengol, uno de los fundadores de Els Comediants, y que nos ayudó a tope. Y el cerezo es Elsa Moreno. Murió muy joven. Era argentina. Había trabajado en el Cirque Plume, en Francia. Una auténtica maravilla en los números aéreos. Se implicó mucho aquí, con la escuela. Cuando murió, nos dejó en el testamento todo cuanto tenía. Dos millones para poder ir a Nepal, a llevar el circo a los refugiados de Bután. Fuimos en 1997 y volvimos en 2003. Actuamos en la selva, a veces para quince mil personas, gente sin papeles, desplazados de sus aldeas, convertidos en apátridas. Íbamos como Payasos Sin Fronteras, a nuestra manera. Estuvimos también en Bosnia, en plena guerra. En Srebrenica. Traíamos las noticias de las matanzas, de cosas horribles que estaban ocurriendo y no se sabían. Había gente que nos preguntaba: ‘Pero, ¿a qué vais allí? ¿Qué carajo hacéis en la guerra?’. Bueno, los niños sólo jugaban a eso, a matarse. Campos minados, ciudades desoladas. ¡Tenías que verlos los días que actuábamos! Alucinaban. Para algunos, era el único día de luz en su vida. Subía la gente en hileras para el circo. El escenario tenía detrás una vía férrea que había saltado por los aires, con la locomotora volcada. Yo hice trapecio bajo la lluvia. Nadie se marchaba. Goteaba el trapecio. Llovía sobre los rostros. Pero no se iba nadie, no. Otro día, en Tuzla hubo unos bombazos y se fue la luz del teatro y el público tampoco se marchó. Estaba lleno y nadie se movía. Explicamos que así no se podía actuar. Entonces aparecieron unos tipos con unas mazas de queroseno. Con antorchas. Y así actuamos, como en la antigüedad”.

Es verdad. Es una de las mejores vistas del mundo, la de Nou Barris.